

## 1870

*Correspondencia con el Padre d'Alzon, en Roma: sobre la política, el estado de la Iglesia en Francia, la Iglesia en general, el desarrollo del Concilio.*

- Mayo : Preparación del Tercer Capítulo General, en relación con el Padre d'Alzon. Búsqueda sobre la cuestión del Gobierno de la Congregación.
- 1 de Junio: Carta de Convocación al **Tercer Capítulo General**.
- 25 de Junio: **Apertura del Capítulo General**, bajo la presidencia del Padre Bayle.
  - 18 de Julio: En Roma, declaración del Dogma de la Infalibilidad pontificia.
- En Auteuil, muerte de Sor Marie-Catherine de la Preciosa Sangre.
  - *19 de Julio: Declaración de Guerra franco-prusiana.*  
El Concilio es suspendido a causa de la guerra.
- Finales de Julio: En Saint-Dizier, la Asunción se convierte en hospital militar, Sedan es asediada, Reims amenazada.
- Principios de Agosto: Madre Maria Eugenia sale para Lyon donde conoce las primeras derrotas de Francia. Pronto Sedan es asediada, Reims amenazada. Regresa a Paris para dispersar a las hermanas y ponerlas en seguridad, sobre todo el Noviciado. Organiza las salidas para Poitiers, Lyon, Burdeos, Nîmes, l'Inglaterra, etc. El Noviciado sale para Lyon.
- 26 de Agosto: Madre Maria Eugenia sale de Paris, dejando unas treinta hermanas con Madre Marie-Séraphine. Una ambulancia-hospital es organizada en "le Petit Couvent".
- 31 de Agosto: Madre Maria-Eugenia está en Poitiers.
  - *2 de Septiembre: Sedan capitula.*
  - *3 de Septiembre: La caída del Emperador es proclamada.*
  - *4 de Septiembre: La Tercera República es proclamada, con un Gobierno provisional de Defensa Nacional. La invasión se continúa.*
- 17 de Septiembre: Madre Maria-Eugenia está en Burdeos, de donde telegrafía a Madre Thérèse-Emmanuel su aprobación para Sacconex, ofrecida por Monseñor Mermillod para el Noviciado en su diócesis de Ginebra.
  - *19 de Septiembre: Paris es asediada.*  
(Para todos estos acontecimientos, Cf. Orígenes IV, C. IX XII.)
  - *20 de Septiembre: El ejército italiano asedia Roma.*  
Pío IX se considera como "prisionero" en el Vaticano.
- 4 de Octubre: Madre Maria Eugenia está en Nîmes, de donde hace un viaje a Niza.
- 5 de Noviembre: El Padre d'Alzon inaugura, para las hermanas de Nîmes, una serie de Conferencias sobre la vida religiosa. Hará 53 hasta marzo de 1871. Madre Maria Eugenia asiste.
- 21 - 27 Noviembre: Hace su retiro.

αααααααα

## SOBRE EL AMOR EN LA CONGRÉGACION

---

*El 25 de junio de 1870, el tercer Capitulo General se abre en Auteuil. Doce casas son representadas por veinte dos hermanas.*

Auteuil, 26 de junio de 1870

En este momento en que estamos reunidas en tan gran número, es necesario cerrar más estrechamente entre nosotras los lazos de la caridad y renovarnos en el celo. Gracias a Dios, hemos siempre conservado en la Congregación ese afecto verdadero, sincero, las unas por las otras, que hace la unión íntima de los corazones. Debo recomendarles a todas las Superiores vigilar muy particularmente a que nada en sus casas no venga a herir la caridad que debe reinar entre las hermanas, que nadie se deje llevar jamás a decir palabras hirientes, a pensamientos malévolos, a juicios severos, etc. que no se llegue a atentar a la caridad en lo que sea.

Pero para que esa bondad, esa amistad se establezca sobre una base sólida, tiene que estar fundada sobre el celo y sobre todas las cualidades indicadas a lo largo del capítulo de la Regla. Esta caridad debe tener un principio sobrenatural, un fin elevado, y estar desprendida de los afectos naturales de las criaturas.

Lo que hace a menudo la dificultad de las almas, es que su celo, su impaciencia los lleva a querer tener lo que ellas no tienen, a buscar su reputación en las cosas que no poseen, e incluso a veces aparecer lo que no son.

Cada una, ustedes tienen dones particulares, bienes particulares en la medida que ha querido Dios daros: la una ha recibido más sabiduría, la otra más talentos o más amabilidad en el carácter o más firmeza en la conducta; otra, una piedad más sensible, no dudo que todas sin excepción, no tienen una parte de verdadera piedad y virtud. ¡Pues bien! queridas hijas, todos esos dones divinos, todos esos bienes deben ser dados a Dios y a la Congregación, con una abnegación y un amor generoso. Y creedme que lo que está de menos en nuestras almas no será un impedimento al bien muy grande que podemos hacer con los dones que Dios nos ha otorgado.

San Pablo dice en algún lugar:

"Los astros tienen luminosidades diversas, todas no han recibido el mismo resplandor, la misma fuerza, tanto hay estrellas en el cielo, tanto hay resplandores diferentes,"<sup>1</sup>.

Uno dice también que cada hoja, entre las innumerables especies de plantas y de árboles que hay sobre la tierra, tiene su forma distinta y particular. Lo mismo por las almas, ellas brillan diversamente, tienen unas formas suyas; no han recibido de Dios dones universales, pero cada una tiene la parte que es suficiente para cumplir su misión y dar a Dios la gloria que él espera.

Lo que es el verdadero cuidado de los talentos que Dios nos confía, es la humildad. La humildad que sabe servirse de lo que poseemos, sin búsqueda inquieta de lo que no tenemos. Y habremos hecho bastante por Dios, si sin perder el tiempo en mirar lo que no nos ha sido dado, empleamos tranquila y humildemente lo poco que hemos recibido.

Es necesario decirse, hermanas, cuando Dios mira sobre esta tierra, ve los pecados, muchos pecados, y eso por todos lados. Ese espectáculo lo entristece, y hay que darle el consuelo de ver también algunos pequeños lugares de la tierra donde él encuentra almas que lo sirven en la inocencia, el amor, el celo de su servicio, en una gran sencillez y una gran rectitud. Por esos medios, hermanas, llegarán o tenderán a una perfecta caridad. No perdamos pues jamás este afecto, esta unión de corazón que las hace tan felices de encontrarnos juntas, esa caridad que da tanta libertad al corazón.

αααααααα

---

<sup>1</sup> Rm. 15,40-41

**RECOMENDACIONES PARA EL TIEMPO DE SITIO Y  
POR EL SERVICIO DE LAS AMBULANCIAS.**

---

Domingo 28 de agosto de 1870

Queridas hermanas,

Es con una pena bien viva que estoy obligada de dejarlas en estos momentos de prueba que quisiera atravesarlas con ustedes, pero debo prever la seguridad de las hermanas que están esparcidas en el mundo y que corren peligros más grandes que ustedes, ya sea que seamos vencidos, ya sea que la revolución estalle después de la victoria.

Si los Prusianos entran en la ciudad, uno no ve que en ninguna parte que ellos insulten a las religiosas. Al contrario, en los conventos y las escuelas y cuando han visto a las alumnas reunidas alrededor de sus maestras, han cerrados muy cuidadosamente las puertas escribiendo "escuela" para indicar a los suyos que habían hecho la visita y que no era necesario regresar. Si en lugar de la invasión enemiga, tenemos la revolución, los rojos se precipitarán sobre los otros establecimientos en el centro de París antes de inquietarlas a ustedes aquí.

Sin embargo, queridas hermanas, yo siento que ustedes que las quedan aquí hacen un acto de gran generosidad y de una gran valentía, que Dios y la Congregación lo recordarán. No teman pues, pequeño rebaño, no les ocurrirá nada que con el permiso de Dios, y lo que permitirá será lo mejor. Si uno de los generales que manda nuestros ejércitos ha podido decir a sus soldados: "Por qué temen las balas, hijos, no hacen que matar", ustedes hermanas, ¿pueden tener miedo?

Les dejo todavía bastantes numerosas para continuar diciendo el santo Oficio y poder ayudar a los cuidados de los heridos. Ustedes tienen seguramente, y ellos serán su protección frente a Dios tanto como ante los hombres. Les recomiendo especialmente que los edifiquen. Siendo un espectáculo a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres, deben evitar toda disipación, espíritu propio, los pequeños conflictos, la falta de modestia. Si nada impresión tanto a los soldados como los capellanes que no tienen el espíritu y las maneras propias a su vocación, ¿qué sería si esos defectos se vieran en las religiosas?

αααααααα

## OCTAVA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

---

Poitiers, jueves 15 de septiembre de 1870

Mis queridas hijas,

No tengo nada que decir de lo que vuestro espíritu no esté lleno. Viendo los peligros que amenazan al Papa y a la Iglesia, viendo las desgracias que pesan sobre Francia, uno siente cuán irritado está Dios y cuán grande debe ser la expiación que pide si uno la mide a la extensión del castigo. Tan pocas personas en el mundo comprenden los derechos de la justicia de Dios y saben inclinarse bajo su mano que golpea! Toca pues a las almas religiosas a apaciguar la cólera de Dios, satisfacer su justicia y atraer sobre el mundo su misericordia.

Los autores espirituales dicen que una nación que tuviese santos sacerdotes y santos religiosos escaparían a las grandes catástrofes porque habría siempre entre Dios y ella mediadores capaces de calmar la cólera de Dios.

Pero ¿somos esa sal de la tierra que deberíamos ser? ¿Esa sal al contrario, no se ha debilitado? No hemos merecido ese reproche de Nuestro Señor en la Escritura: "Esas heridas, las he recibido en la casa de los que yo amo".

Es necesario pues, que en presencia de los sacrificios tan grandes que se realizan bajo todas las formas, ustedes busquen también cuáles son los sacrificios que pueden hacer.

La oración puede mucho, pero hay momentos donde no es suficiente y donde hay que agregar la penitencia. Hay pocas entre ustedes que pueden hacer esas penitencias que consisten en vigiliias, ayunos, penitencias corporales. Pero entre todas las penitencias hay una que todo el mundo puede ofrecer y que es ciertamente una de las más agradables a Dios, es la contrición del corazón. Todos hemos pecado y es por el arrepentimiento de nuestras faltas personales, por el dolor de ver a Dios tan ofendido en el mundo, que tocaremos el corazón de Dios. Esta contrición del corazón nos llevará a aceptar con amor y fidelidad las cosas que nos cuestan. Las unas tienen que inmolar su orgullo, su amor-propio, sus pequeñas susceptibilidades, su pereza, otras a olvidar las cosas penosas, todas en fin a recibir los pequeños sacrificios de cada día como viniendo de la mano de Dios. Ahí está la verdadera penitencia.

Aquí, hermanas, deben particularmente a Nuestro Señor esa fidelidad, pues no hay una casa que esté envuelta de más gracias. Nuestro Señor él mismo sobre su altar les da sin cesar, con el ejemplo de la inmolación, las gracias necesarias para cumplirlas. Sin cesar él orar, se inmola sobre el altar, se aniquila. Ustedes no den un paso en esta casa sin poder decirse que están bajo su mirada y su protección. Si van la jardin, disfrutaran de otro favor, es de estar a dos pasos de la tumba de una de las santas más celebres de la Francia<sup>1</sup>. Ella también ha vivido en un tiempo de desorden y de calamidades y en medio de todos los dolores que ella tuvo que soportar, supo agradar constantemente a Nuestro Señor. Pidámosle la gracia de imitarla en su fidelidad. Tengo confianza que durante este tiempo de tribulaciones y de dispersiones todas las casas van a renovarse en fervor afín que todas estemos listas para responder a las voluntades de Dios sobre nosotras.

Quién sabe, hermanas, si dentro de algún tiempo no estaremos obligadas a abandonar nuestras casas de Francia y buscar un refugio al extranjero en una u otra de nuestros conventos. Los acontecimientos son de una naturaleza tal a hacernos temer el exilio y hasta el martirio, y es necesario que aceptemos por adelantado todos los sacrificios que este estado de cosas puede acarrear: pobreza más estrecha, imposibilidad de continuar nuestras obras.

No olvidemos que si Francia ha sufrido castigos por sus infidelidades, no hay una de entre nosotras que no pueda decirse que ella ha contribuido en algo a atraer la cólera de Dios y que no tenga que hacer su "mea culpa". Todas en efecto, tenemos que reprocharnos, sino de grandes faltas, al menos la costumbre de faltas veniales. Es combatiendo incesantemente esas costumbres como contribuiremos por nuestra parte a la reparación que Dios exige del mundo.

Yo sé, hermanas, que desde hace dos años, ha sido una prueba para algunas de entre ustedes tener una superiora. Durante mucho tiempo, la esperanza de darles una Madre que ustedes aman me ha hecho diferir de darles otra. Cuando me ha sido imposible darles de nuevo a Madre Françoise-Eugénie he querido en el momento del Capitulo darles a Sor Madeleine-Eugénie.

Tenía necesidad de consultar a Monseñor Gay y ahora que sé su manera de pensar, es en efecto Sor Madeleine que

---

<sup>1</sup> Santa Radegonde, hacia 520 – 587, reina de los Francos, hizo construir en Poitiers el monasterio de la Santa Cruz.

les doy por Madre. Acójala como siendo dada por Dios y con la confianza que Nuestro Señor les dará por ella todo el bien que él quiere hacer. Dejen a este asunto a Nuestro Señor disponer de ustedes como él lo entiende. Uno ha notado que una persona que nos ha hecho durante mucho tiempo bien no esta llamada a siempre hacerlo. Cuenten mucho sobre Nuestro Señor. Déjense tocar por su mano divina como él lo entenderá. Ese abandono completo le agrada y las santificará mucho.

αααααααααα

*4 de octubre, Madre Maria Eugenia está en Nîmes. Ella permanecerá ocho meses durante la guerra, el sitio de Paris y la Comuna. Las hermanas han guardado el resumen de sus Capítulos.*

## DE LA ADORACION

---

Nîmes, domingo 9 de octubre de 1870

Hermanas,

Quisiera decirles unas palabras sobre el espíritu de adoración. La adoración forma parte de la virtud de religión que no les explicaré, ustedes saben todas en que consiste. Es esa gran devoción a Dios tan desconocido en el mundo, y la cual todas las otras deben resultar. Es Dios conocido, Dios servido y adorado, obedecido, glorificado, Dios centro, la infinitud de los seres convergiendo alrededor de él.

Veamos, hermanas, si tenemos esa devoción bien regulada, si Dios es nuestro centro, si él es el primer principio de nuestros actos, el fin, el objetivo de nuestros pensamientos, de nuestra vida toda entera. ¡Ay! ¡cuántas veces nos encontramos que nos hemos sustituido a Dios, que somos nosotras las que nos colocamos en el centro de nuestra vida y que no consideramos los acontecimientos que en relación a nuestros intereses sin ver la voluntad de Dios! Examinemos, hermanas, si tenemos esa verdadera devoción que es la primera de todas las devociones y si sabemos llevar todo a él cómo a nuestro verdadero fin.

Ese olvido de los derechos de Dios es casi general y es quizás lo que es para nosotros la causa de tantos sufrimientos en el momento presente. Pero para nosotras que somos de Dios en razón de una consideración especial, ¿sabemos adorarlo sin cesar y darle en unión de su Hijo el culto que le debemos? Nuestro Señor en esta casa les recuerda a cada hora lo que Dios merece de adoración, pues en el Santísimo Sacramento ya no está en el estado de víctima y de sacrificio como cuando él se ofrece en la Misa, representando muy realmente de una manera no sangrienta el sacrificio de la Cruz. Cuando está expuesto sobre el altar él está en adoración, anonadado delante la Majestad de su Padre, él esta implorando por nosotros, él es nuestra oración y en unión a sus anonadamientos, a su adoración que hay que rezar siempre.

¡Oh! aprendamos de Jesús en el Santísimo Sacramento, a anonadarnos delante de la majestad infinita de Dios Padre. Entonces nuestra vida será apacible y dulce, siempre abandonada a la conducta de Dios. Dios es todavía tan poco en nuestra vida. ¡Cuántas ocupaciones de nosotras mismas, de búsqueda de nuestras comodidades, y sin embargo somos religiosas!

Y en el mundo, ¡vean como Dios es desconocido! A tal punto que hablar a la gente del mundo del Cielo, de esta presencia de Dios sin fin, de Dios amado, adorado, glorificado en nosotros, Dios en fin todo, y nosotros abismado, anonadado delante de su rostro, apenas si ellos nos comprenderán. Dios es tan puesto de lado que no existe en ellos ningún deseo. El deseo del Cielo, el pensamiento de alabar a Dios eternamente en el Cielo no entra para nada en sus vidas. Propongan a alguien que pase veinte cuatro horas pensando en el Cielo, deseándolo, encontrarán eso bien aburrido. Ciertamente eso se comprende porque Dios entra tan poco en la vida de la mayoría de la gente del mundo.

¿Y nosotras, hermanas? ¿Qué lugar tiene Dios en nuestras vidas? ¿Le damos lo que le debemos? ¿Qué lugar tiene en nuestras penas? Yo no hablo de ciertos dolores legítimos como la pérdida de los seres que amamos. La muerte rompe siempre nuestros corazones porque es una consecuencia del pecado, no estaba en el plan primitivo de la creación. Pero todas esas pequeñas penas que vienen de un trabajo que nos cuesta, de una observación hecha, etc., cómo desaparecerían si viéramos ante todo a Dios y su beneplácito. Como nuestras susceptibilidades se evaporarían si vemos en nuestras hermanas criaturas perteneciendo a Dios, consagradas a él y sus Esposas y no como debiendo servir a nuestro gusto, a nuestra satisfacción, y lo mismo de las niñas y de las demás personas.

Tratemos de comprender esta primera obligación de nuestra vida de adoración y entreguémonos sin reserva a Jesucristo, como él se entrega a Dios su Padre.

αααααααααα

## DE LA OBEDIENCIA

---

Nîmes, domingo 16 de octubre de 1870

Mis queridas hijas,

Las palabras de la Regla, que acaban de escuchar nos enseñan el orden que debemos poner en nuestra alma en lo que concierne nuestra perfección. La obediencia, la debemos primeramente a Dios en su Vicario. Vean, hay necesidad del orden en todas las cosas, y nada no es más difícil que saber bien poner en todo lo que constituye la virtud.

El domingo pasado les hablaba de la virtud de religión como la más necesaria en una casa de adoración. Hoy quiera hacerles comprender en que consiste el orden perfecto con relación a esta virtud.

Es, hermanas, establecer en nosotras el reino de Dios, poner su gloria en primer lugar en todo, no actuar más que por Dios, no buscar más que su gloria en todo lo que hacemos. Todo esto es bien elemental, pero sin embargo, si ponen atención, eso encierra el principio de una gran perfección. Pero como lo olvidamos con frecuencia en la práctica, hacemos pasar nuestra gloria antes que la de Dios. ¡Cuántas murmuraciones en las penas, las dificultades de la vida! Cuántas veces decimos: " No es justo ". ¡Eh! hermanas mías, ¿Dios es justo, o lo somos nosotras para querer enseñarlo?

¡Qué sencillo sería todo para nosotras si llevamos todo a Dios, si viéramos su voluntad en todo lo que nos pasa. Entonces soportaríamos en un orden verdadero los cambios de casas, de empleos, las penas en la oración, las dificultades de caracteres, las fatigas, los desprecios que creemos algunas veces que nos hacen, las preferencias queridas de Dios que nos parece que hacen a las demás. Todo eso, Dios lo quiere por nuestro bien y no podemos glorificarlo más que adhiriendo a su voluntad santa, pero no ponemos ahí nuestra perfección. Queremos si ser santas, pero queremos sobre todo encontrarnos como tales, poder decirnos: " ¡Cómo soy humilde, obediente, cómo cumplo la Regla! Soy hija de oración, etc. "

Observen, hermanas, lo que sobre todo quiero evitarles son las vueltas y esas atenciones continuas sobre uno mismo. No encontramos eso en los santos, los vemos al contrario admirarse de la misericordia de Dios que los soporta. Santa Teresa que piensa con frecuencia haber merecido el infierno, que lejos de admirarse de sus debilidades dice siempre: "¡Señor, he ahí todavía una flor de mi jardín!" San Felipe de Néri que se creía capaz de las más grandes faltas y rezaba Dios cada mañana de bien tenerlo para que el no cayera. Santa Catherine de Sienne pensando que sus pecados solamente atraían las desgracias de Roma. Y es al final de su vida, hermanas, qué los santos pensaban y hablaban así ¡Ah! es que habían comprendido el Todo de Dios y la nada de la criatura.

Vean, hermanas, tenemos de Adán el deseo de la elevación, esa necesidad de crecimiento, ese amor-propio, esa concupiscencia! Y el trabajo de la vida religiosa entera, es de reaccionar contra las tendencias corruptas de nuestra naturaleza para poner los pensamientos, los sentimientos de la fe tan opuestos a los nuestros! Y no piensen que los santos estuviesen tristes de sentir su debilidad, es lo que hacía su gran alegría al contrario de ver su nada, porque Dios había mirado esa nada, la había amado desde la eternidad y atraído hacia Él.

Tratemos de penetrarnos de nuestra nada, digámonos siervos inútiles según la palabra de Nuestro Señor:

" Cuando hayan hecho lo que tenían que hacer lo que les fue mandado, digan : Somos servidores inútiles ".<sup>1</sup>

¡Dios es tan bueno con nosotros, nos soporta a pesar de nuestras miserias! Pues bien, deberíamos no solamente soportarnos, sino alegrarnos de ser poca cosa pues él lo quiere así. Somos imperfectas, hacemos mal lo que nos ha confiado, estamos enfermas, incapaces de enseñar, haciendo todo al revés, no acertamos en nada. Pues bien, con todo eso estableceremos el Reino de Dios si en lugar de turbarnos, de afligirnos, nos alegramos de nuestra bajeza y contentamos de no ser nada porque le agrada a Dios.

Vean, en los palacios de los grandes de este mundo, ¡cuántos servidores! Uno pone su gloria en eso, habrá a lo más dos o tres que logran verdaderos servicios al dueño, pero cuántos otros que no están ahí más que para ver pasar a la gente. Y sin embargo, aunque estén poco ocupados, dan gloria a dueño, muestran sus uniformes y son de su casa!

---

<sup>1</sup> Lc 17,10

Es lo mismo para nosotras. Por muy malas que seamos, servimos a un gran Dueño; pertenecemos a Nuestro Señor, llevamos sus libreas. Dejémosnos pues colocar aquí o allí, no juzgándonos buenas para nada, ponernos de lado, emplearnos a una cosa que nos agrada menos o no emplearnos en absoluto, y alegrémonos todavía de no ser nada en su casa, seremos sierva inútiles, pero en fin seremos sus siervas.

Es de esta manera, hermanas, tendremos la paz, la paz que no consiste en una gran satisfacción de nosotras mismas, sino un gran abandono a Dios. Por ahí practicaremos la virtud de religión, seremos verdaderamente adoradoras en espíritu y en verdad como Nuestro Señor lo dijo a la Samaritana

"El tiempo viene donde no habrá más que los adoradores en espíritu y en verdad" <sup>1</sup>

Convirtámonos en verdaderas adoradoras, es decir almas ocupadas de Dios, buscando ante todo su gloria y su voluntad, alegrándose de ser poca cosa pues él lo quiere. Si, hermanas, esforcémosnos así cada día a establecer en nosotras el reino de Dios, le rendimos el culto de adoración y nos haremos dignas de la gloria que nos promete. Le habremos servido, bien mal sin duda, bien imperfectamente, pero en fin le habremos servido.

αααααααα

---

<sup>1</sup> Jn 4,23

## ALGUNOS CONSEJOS PRACTICOS

---

Nîmes, domingo 6 de noviembre de 1870

Mis queridas hijas,

Les haré las consideraciones siguientes sobre los deberes de la vida religiosa, entraré solamente en algunos puntos de detalles, pero detalles bien prácticos que olvidamos con frecuencia.

La vida religiosa es una vida de generosidad, de abnegación y hay que sin cesar reaccionar contra la pereza que no sabe consagrarse que a la fantasía, lo que gusta, el humor que no busca más que lo que le agrada. Bajo el pretexto de hacerse útil, uno escoge con frecuencia el estudio de las cosas por las cuales uno tiene un gusto particular, donde uno piensa tener éxito para su honor: esto es un defecto que quiero hacerles destacar. Les decía hace algún tiempo que el orden perfecto, es de colocar a Dios como centro de todo, como el principio y el fin de nuestra vida y de todo atribuirlo a Él. Pues bien, en el defecto que les señalo, vean cómo ponemos a Dios de lado para no buscar más que nuestra satisfacción, nuestros gustos, nuestro honor, sin consultar la obediencia, regla siempre segura del agrado de Dios.

Cuánto quisiera, hermanas, que todas, digo todas, pues eso atañe tanto a la última postulante coadjutora como a la primera hermana de coro de la comunidad, que todas busquemos en el empleo de nuestro tiempo, no lo que nos agrada más, sino lo que nos pone en la posibilidad de hacer un mayor servicio y de ser más generosa a la obra general. Yo no admito que una hermana no sepa coser, servirse, servir sus hermanas. Es necesario que cada una pueda ser capaz de cumplir los empleos los más humildes de una casa, ser costurera, en la despensa, enfermera, en el refectorio, etc. Si no tiene la responsabilidad, que al menos tenga la capacidad. Que la inclinación de su corazón sea de preferencia por los empleos más humilde, más bajos. Todos los maestros de la vida espiritual están de acuerdo en decir que es un deseo que uno puede siempre conservar sin dañar en nada a la perfección.

He ahí, hermanas, lo que yo quería decirles. Esas consideraciones son todas practicas y encuentran su aplicación todos los días. Todas podemos hacer un servicio o ser llamada a algún empleo, humilde en sí, pero grande delante de Dios porque les habrán buscado menos y habrán querido la voluntad de Dios.

αααααααααα

## SOBRE LA PALABRA DE DIOS

---

Nimes, domingo 13 de noviembre de 1870

Mis queridas hijas,

La palabra de Dios les fue dirigida con tal abundancia por el Padre d'Alzon que creo a propósito decirles solamente algunas palabras hoy sobre la manera de escuchar y de recibir esa palabra de Dios que no es otra que su Verbo eterno.

San Agustín dijo que Dios se comunica a las almas por la comunión y por la Santa Escritura y todas conocen ese pasaje de la Imitación: "Señor te doy gracias de lo que, afin de manifestar tu amor por el mundo, has preparado dos mesas: una, la mesa del altar sagrado sobre la cual descansa un pan santificado es decir el cuerpo, la sangre preciosa, el alma, la divinidad de Jesucristo; la otra, la mesa de la Ley divina que contiene la doctrina santa".

La palabra que les es dirigida cada día, querida hijas, con tanto celo es esa doctrina toda santa sacada del Evangelio y las Epístolas de san Pablo. ¡Es una palabra muy sencilla, muy segura y tan eminentemente católica! Además la forma es evidentemente agradable, aunque no tuviese ese encanto, sería siempre la palabra de Dios y digna todavía de todos nuestro respeto. Muchos sabios entre los que no tienen fe no encuentran ninguna belleza en la Santa Escritura, su sublime sencillez les choca y ellos prefieren con mucho los poetas paganos, Virgilio por ejemplo. Monsieur Renan encuentra insignificante el primer capítulo de san Lucas y dice que debe suprimir de un extremo al otro.

Para mí les confieso que eso me sobrepasa, pues no encuentro nada tan bello como la Santa Escritura. Leyendo ciertos pasajes en el Breviario, el Libro de los Macabeos entre otros, con frecuencia me quedo llena de admiración delante de esa magnificencia, hay páginas de una belleza verdaderamente extraordinaria! Los incrédulos no pueden ver esas bellezas que Dios nos hace encontrar porque somos cristianas. Tengamos cuidado sin embargo, queridas hijas, de no escuchar la palabra de Dios solamente por el gusto que podemos encontrar. Es necesario que la palabra ilumine la inteligencia, pero es necesario también que toque el corazón si queremos sacar provecho para nuestra vida y nuestro progreso.

Esa palabra es todopoderosa, es ella la que hace los santos. Miren san Antonio, él escucha leer en una iglesia este pasaje: "Ve, vendelo todo" y él se hunde en el desierto y es esa palabra tomada al pie de la letra la que le ha convertido un tan gran santo. Lo mismo para san Francisco de Asís. Madame Acarie dice haber tenido el corazón atravesado de parte a parte por esas solas palabras: "¡Demasiado avaro es el que Dios no le es suficiente!" Palabra que no está en la Escritura, es verdad, pero que su espíritu anima. Podría citarles otros ejemplos, los remito a las vidas de los santos que han leído. ¡Miren la influencia de una palabra de Dios sobre toda sus vidas! Encontraran siempre que una de esas palabras ha sido el punto de "comienzo" de su santidad.

Para nosotras, mis queridas hermanas, que estamos alimentadas continuamente de esa divina palabra y que tenemos una gracia particular para amarla, debemos esforzarnos de poner en práctica en nuestra vida todas las lecciones que ella encierra. Pero yo tengo a señalarles dos obstáculos que llevamos a la acción de esa palabra: es primeramente el amor-propio, la estima que tenemos de nosotras mismas. Escuchamos hablar de la perfección y enseguida decimos: "Sí, quiero subirme a esas alturas". Tengamos cuidado: antes de edificar, hay que destruir los obstáculos, nuestros defectos y eso nos gusta menos; es que el hombre, dice Monsieur de Maistre, tiene el amor del revestimiento y odia el despojamiento, el cortar! La palabra de Jesucristo en el Evangelio es formal sin embargo:

"Si el grano de trigo no cae en tierra y si no se pudre, no traerá frutos".<sup>1</sup>

El segundo obstáculo, es la ilusión. Ilusión en cuanto a los defectos que tenemos y a las virtudes que creemos tener. Se hace el retrato de un defecto, enseguida decimos que eso no nos toca. ¿Cómo podría yo tener tal idea? Soy bien incapaz, y uno olvida bajar en su propio corazón para ver lo que hay que corregir, enderezar. ¡Cuántas virtudes, cada uno cree tener su pequeño mérito, su talento, un buen juicio del espíritu, los medios, la bondad, respeto, la delicadeza y uno quisiera que los otros descubran en nosotros esas buenas cualidades. Y con frecuencia en lugar de esas virtudes que creemos poseer, ellas no ven en nosotros más que los defectos contrarios. Yo me divierto a veces viendo como personas que se conocen bien poco aceptan muy a gusto tener las virtudes que uno les atribuye, pero alejaban absolutamente sus defectos, aunque fueran muy visibles, incluso mismo que por educación en el momento de presentarlos uno los disminuían.

---

<sup>1</sup> Jn 12,24

Créanme, queridas hermanas, estimen que valen poca cosa y que las virtudes les faltan. Uno no puede siempre decir a una joven que ella tiene la cabeza débil, pocos talentos, un pequeño espíritu, un juicio mediocre, una inteligencia bastante estrecha. Esas cosas son desagradables de decir y no serían siempre útiles. Uno no puede agregar un jardín a su jardín.

Créanme, queridas hijas, no les apoyaría sobre sus cualidades naturales, sobre sus virtudes reales o supuestas. Si las tienen, Dios las ve, es suficiente. Para nosotros, no debemos ver que nuestros defectuosos para corregirlos.

αααααααα

## SOBRE LA COMUNION Y LA ADORACION

---

Nîmes, domingo 20 de noviembre de 1870

Mis queridas hijas,

Quisiera decirles cómo debemos recibir siempre las gracias de Dios tan abundantes para nosotras y en esta casa mucho más que en ninguna otra. Les he dicho últimamente con qué amor, qué respeto hay que recibir la palabra de Dios que es su Verbo comunicándose a nuestra inteligencia, aclarándola con su luz, ese Verbo que ilumina a todo hombre que viene en el mundo.

Hoy, es más particularmente de la santa Comunión y de la exposición del Santísimo Sacramento de lo que quiere hablarles, y de la necesidad de renovar con frecuencia vuestro fervor en los ejercicios ordinarios, pero sobre todo en los dos actos a causa de su más grande santidad. Vivimos en la abundancia de las gracias de Dios y hay que temer que las recibimos algunas veces con rutina y por costumbre. No sabríamos demasiado, para evitar ese peligro, recordar la grandeza del don que Dios nos hace en la Eucaristía.

Piensen cuántas almas que, amando Dios de todo su corazón, no pueden comulgar más que raramente. Vean la Bienaventurada María Egipciaca de las manos del sacerdote Zozime el Cuerpo del Señor y que se prepara de un año al otro por una vida toda de oración y de penitencia. Miren lo que los Jesuitas de la reducción del Paraguay exigían de los indígenas antes de les admitir a la participación de la Eucaristía y como estos contaban por nada las pruebas más rudas cuando al final se les permitía recibir el Pan de los Ángeles.

Nosotras, hermanas, que tenemos la felicidad de comulgar tres o cuatro veces cada semana y algunas veces con mayor frecuencia, ¿qué preparación llevamos, qué atención, qué fervor? Es necesario que a menudo nos renovemos en la grandeza de esta gracia. Piensen en la preparación que han traído a la recepción de ése Pan a tal época de sus vidas, la primera Comunión u de otros días solemnes de los que conservan el recuerdo, y cada vez, sería necesario que los pensamientos la fe que reavivamos en nosotros en estos momentos de los que les hablo, se hagan también vivos y más fuertes.

La Comunión debe santificarnos. Nuestro Señor se da a nosotros completamente; su carne, su sangre se convierte en nuestro alimento. Es necesario que éste celestial alimento transforme nuestra alma e incluso nuestro cuerpo, que tenga una influencia de paz, de recogimiento, de modestia, de pureza sobre todo nuestro ser y le imprimirá un no-sé-que que distingue a la virgen cristiana.

La Comunión coloca en nuestros cuerpos un germen de la resurrección y de la gloria futura. Nuestro-Señor lo ha dicho: "El que come mi carne y bebe mi sangre, yo lo resucitaré en último día"<sup>1</sup>.

En fin ella comunica a sus cuerpos la fuerza necesaria para resistir. Es el Pan de los Ángeles que daba a los mártires la fuerza de soportar de tan terribles tormentos por el amor de Aquel que ellos llevaban en sus corazones. Ustedes no tienen un martirio que sufrir, pero tienen pruebas, cansancios, contradicciones. Que la Comunión sea siempre su fuerza. Los santos Padres comparan la unión tan íntima que contraran con Nuestro Señor en la Comunión a la de dos pedazos de cera derretidas juntas y que uno no se distingue uno de la otro. De ahí en efecto el nombre de cristiano, otro Cristo, de religioso, es decir un ser enteramente consagrado a Dios, consagrado a su servicio, convertido en una cosa santa como un cáliz.

Que no hará Jesucristo en sus almas, queridas hijas. El no es solamente la luz de sus inteligencias, el alimento de sus almas, es el huésped bendito, que la habita y es una de las razones que nos impide desear las visiones, los favores extraordinarios. La Comunión es una gracia veinte veces preferibles a una visión. Si el Niño Jesús estuviese por algunos instantes en sus brazos, serían seguramente muy felices, pero debemos serlo mucho más al recibirlo en nuestro corazón, porque hay allí una verdadera unión. Y vean de paso como la Iglesia da a sus hijos lo que ella tiene de mejor. Otros dones particulares son dados a algunos, pero lo que es lo más excelente, lo más substancial es compartido a todos.

Hay otra gran gracia de la que pueden estar favorecidas, quiero decir la Adoración y la presencia continua de Nuestro Señor. No nos habituemos acostúmbrense, no nos acostumbremos, no nos familiaricemos a esta presencia de

---

<sup>1</sup> Jn, 6, 54

Jesucristo en medio de nosotros. Recuerden, que cuando estaban en el mundo y que se les daba la oportunidad de ir a adorar Nuestro Señor en una capilla donde estaba expuesto, ¡qué felices eran! ¡Qué fiesta era para ustedes!, pero esto no se renovaba más que tres o cuatro veces en el año. Aquí, es todos los días que tienen esa felicidad. Nuestro Señor quiere hacer una fiesta todos los días de nuestra vida, traten por su lado de hacer todos días una "fiesta Dios". Hay una palabra de los salmos que siempre me ha tocado profundamente, es ésta: "Lo demás de sus pensamientos es un festín al Señor".

Si, queridas hijas, Dios hace sus delicias de los restos que le damos! Cuando hemos tenido el espíritu absorto en las distracciones, las preocupaciones de las nada del mundo, si nos dirigimos un instante hacia Dios, él se contenta de lo que queda! En lugar de lo que queda, démosle todo. Mantengámonos cerca de él en sus trabajos, prométanse como una felicidad ir pronto adorarlo, no dejen un instante su presencia.

Un santo sacerdote<sup>1</sup> me decía que cuando él entraba en una iglesia, estaba tan cogido de la presencia de Dios que le parecía que alguien lo tocaba en el hombro y que una voz le decía: "Él está ahí". Él está ahí, hermanas, El que es todo para ustedes, el Padre, el Maestro, el Esposo, Aquel de quien ustedes vienen y a quien ustedes van. Esta ahí, adórenlo, bendíganle de querer bien habitar con ustedes todos los días de sus vidas. Nada no es seguro como esa presencia de Jesucristo en el tabernáculo.

Quizás entre ustedes hay una que tiene la oración de quietud, pero también quizás no hay. Una cree tener una virtud, ella se equivoca. Se dice: "Soy obediente" porque haciendo bastante ordinariamente lo que le piden, cree haber llegado a la perfección de la virtud de obediencia. Pero, además que la virtud de obediencia tiene mucho más extensión que el voto, quizás esa hermana no es más que medianamente obediente, y a menudo he visto hijas de obediencia faltar en un momento dado porque no supo vigilar bastante sobre ellas. No contemos sobre nuestras virtudes, aunque tengamos razones de pensar que hemos adquirido las costumbres; apoyémonos sobre la gracia de Jesucristo, sobre la unión de nuestra oración a la suya en el Santísimo Sacramento.

En los momentos en que la Iglesia tiene necesidad de un auxilio más grande, cuando ella quiere gritar hacia el Señor para calmar una calamidad o una desgracia, toma Jesucristo en su Tabernáculo, lo expone en el altar. Igual para reparar las ofensas de los pecadores, ha establecido la Adoración de las Cuarenta Horas antes de entrar en Cuaresma.

Jesucristo expuesto, es la auxilio supremo de la Iglesia, las oraciones unidas a las de Jesucristo suben entonces todopoderosas hacia Dios en el cielo, calman su justicia y atraen su misericordia sobre la Iglesia y los lugares favorecidos de esa gracia. Estimen pues, queridas hijas, esta gracia que es la de ustedes.

Aquí me dirijo más particularmente a las hermanas de este Priorato de Nîmes. Más que todas las otras religiosas de la Congregación, ustedes deben penetrarse de esta presencia habitual de Dios en medio de ustedes. Deben ser más hijas de oración a causa de este favor especial que ustedes tienen de estar colocadas en una casa donde Jesucristo las asocia a Él para adorar continuamente a su Padre.

*En esta época, la adoración del Santísimo Sacramento expuesto no existo todavía en todas las casas; será acordado en fechas diferentes por la autoridad eclesiástica de los lugares, antes de ser aprobado definitivamente por Roma en las Constituciones de 1888.*

αααααααα

<sup>1</sup> En una conversación, el 30 abril 1881, Madre Maria Eugenia nombra al Padre Combalot. "El decía que, cuando él entraba en una iglesia, sentía la presencia de Dios como si lo tomaran por el brazo".

## SOBRE LA CARIDAD

---

Nîmes, domingo 17 de diciembre de 1870

Mis queridas hijas,

Quisiera recordaros una palabra de la Regla de san Agustín sobre la que uno pasa con demasiada facilidad, quizás no me la recordaré exactamente. Es cuando, comentando ese pasaje de san Pablo:

"La caridad no busca lo que es de ella"<sup>1</sup>,

dice esa palabra tan bellamente expresada: "Que en todas las cosas de la que se sirve la transitoria necesidad, se vea sobre todo destacar la permanente caridad".

Me parece que esas palabras de san Agustín dirigidas a las mujeres del Oriente tienen para nosotras un muy gran alcance y abrazan por así decir toda la perfección de nuestras relaciones con el prójimo. La caridad es la reina de las virtudes, ella sola es permanente. Mientras que lo que se hace en vista de las necesidades cotidianas es transitorio como esas necesidades mismas.

"La caridad no pasa, permanece siempre"<sup>2</sup>,

dice san Pablo. Da una consistencia divina a las obras que anima y los frutos que produce permanecen también para la eternidad.

Quisiera haceros ver la necesidad de levantar por lo sobrenatural las acciones más viles, más bajas en apariencia. La comida que hicimos ayer no sirve para hoy, yo diría lo mismo del vestido y de una cantidad de cosas que debemos hacer. Todo eso es la transitoria necesidad, y ¿qué nos queda para la eternidad de ese tiempo pasado alrededor de nosotras mismas, a menos que el motivo de la caridad no lo eleve al orden sobrenatural donde todo se vuelve meritorio? Es por esa razón es por la que no he querido nunca que se diera demasiado tiempo a los cuidados del cuerpo, que uno tardara en levantarse, en acostarse. ¿Qué nos queda de todo ese tiempo? Nada, si no es algunas oraciones las que habrán acompañado estas acciones. Pero es difícil que una hermana toda absorta a cuidar su persona pueda al mismo tiempo ocuparse de Dios.

San Pablo dice:

"Ya sea que coman, ya sea que beban, háganlo todo por la gloria de Dios"<sup>3</sup>

Era el estudio de los santos de levantar así por el motivo del amor de Dios y del prójimo sus acciones las más comunes. San Liguori, el bueno, el dulce san Liguori había hecho el voto muy perfecto de nunca perder un minuto, también sé hacia hacer la lectura durante la comida. Una vez obispo, su puerta estaba siempre abierta a todos, pero su lector tenía orden de continuar leyendo mientras que recibía a sus visitantes. Ustedes juzgaran si era necesario tener cosas útiles que decirle para osar interrumpir su lectura.

La caridad es permanente, ella no busca lo que es de ella. En eso verán, queridas hermanas, si ustedes tienen verdaderamente caridad, si están listas a sacrificarse por sus hermanas. Me parece que es la materia de un examen muy útil. ¿Acaso busco mi interés, mi satisfacción, o estoy ocupada procurar el bien, la utilidad, el agrado de mis hermanas? Hay algunas hermanas que buscan poco la utilidad general, lo que es el interés de la comunidad, y que se apegan en tal ocupación, a tal estudio: "Eso me gusta, eso me es agradable, eso me va". Ellas quieren pasar su tiempo a tal estudio porque encuentran su satisfacción, quieren desarrollarse, agregar a sus capacidades las perfecciones que les faltan. "Mi hermana tal lee tal libro, aprende tal cosa, porque no lo leeré yo, no aprenderé yo como ella, mi inteligencia es tan distinguida que la suya" y uno no piensa que jamás le será útil para nada ni para nadie... ¡Cuán alejado está todo de la caridad que no busca sino lo suyo!

Hermanas, si hacemos el balance de nuestros pensamientos durante un día solamente, tendremos un tema para humillarnos mirando cuánto estamos ocupadas de nosotras mismas, y si poco de los demás y de Dios. Y sin embargo, amar a Dios más que a sí y a el prójimo como uno mismo, es el primer mandamiento, es la ley absoluta, incluso en el Antiguo Testamento. Nuestro Señor va más lejos, dice en este momento supremo después de la Cena:

"No hay amor más grande que dar su vida por los que uno ama"<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> 2 Cor 13,5

<sup>2</sup> 2 Cor 13,8

<sup>3</sup> 1 Cor 10,31

<sup>4</sup> Jn 15,13

Así nos ha amado más que sí mismo porque murió para salvarnos, y él es nuestro modelo.

Yo sé que es el consejo, pero somos religiosas, hermanas, y por consecuencia todas tenemos que practicar esos consejos. Estamos consagradas a Dios, todos nuestros pensamientos, todos nuestros afectos deberían ir hacia él. ¡Ay! vean donde van sus pensamientos. Nueve veces sobre diez las conciernen, hasta en un estado de perfección, es apenas si una vez sobre diez está reservada a Dios. Y después de Dios, ¿el prójimo no tiene el derecho? Creo que hay ahí bastantes cosas a enderezar y que el prójimo entra muy poco en nuestra vida. En una sola cosa está permitido pensar en uno primero, es cuando se trata de adquirir la virtud. Y una vez san Francisco de Sales dijo sobre ese tema que la virtud siendo el más grande de los bienes, debemos desear a nuestro prójimo más virtud que a nosotros, y por las ocasiones de practicarla, no querer hacer todo y ceder el lugar a los otros, no bien entendido que halla bajo pretexto de caridad dejar hacer a nuestras hermanas una cosa más pesada para aumentar sus méritos.

“La caridad no busca lo que le pertenece...”<sup>1</sup>

Eso quiere decir que es necesario poner al prójimo antes que a uno todas las cosas, y sinceramente. ¿Lo hacemos? ¿Nos ocurre preocuparnos de los otros más que de nosotras mismas? Es a eso que juzgarán seguramente de los adelantos que habrán hecho en la perfección. Me he entretenido más de una vez a propósito del punto de honor en examinar como la medida de la que uno se sirva para sí es diferente de la que uno usa para el prójimo.

¿Están tan apenadas de una observación que uno hace a una hermana como si se la hicieran a una misma? Nuestra Madre no me ha mirado... Pero ¿han tratado de saber a cuántas hermanas de la casa no ha mirado más que a ustedes? ¿Sufren de que ella no emplea tal hermana que parece dejada de lado? Están privadas de un auxilio, de una instrucción, piensan que tal hermana enferma esta privada más y con más frecuencia que y digan por ejemplo: “Sor M Antonia y yo estamos privadas de esa gracia”, y ¿llegan a gemir más sobre su destino que sobre el suyo?

Les aseguro, hermanas, que todo sería bien sencillo si supierais poner un poco más al prójimo en lugar de ustedes. Les decía al comenzar que san Agustín se dirigía a las religiosas orientales mucho más limitadas que nosotras en la vida material y que no tenían ningún deber de cultura intelectual por la caridad. Él insiste sobre el desprendimiento y en efecto es conocido que cuanto menos uno posee, más uno tiene a lo que uno tiene y es más excusable en un sentido, pues uno tiene necesidad de lo indispensable.

Para nosotras que no estamos en ese caso, no insisto más sobre el desprendimiento de las cosas de las que nos servimos y vengo a una cuestión de detalle que tiene su utilidad en la casa. No admito, hermanas, que uno no esté siempre dispuesta a pelar las verduras y que hay una edad, un empleo donde, llegado el momento, ¿uno se cree bastante importante para estar dispensada de pelar las zanahorias! Me dirán quizás que yo no lo hago. Hermanas, espero que un tiempo vendrá, cuando sea más anciana y descargada de mi carga, que tendré esa satisfacción de pelar las verduras y emplear en esto todas las fuerzas que me queden.

Debo decir que algunas de ustedes se ocupan continuamente en servir sus hermanas en los empleos humildes se excede quizás no dando bastante tiempo a los estudios y esto tiene que corregirse. Pero yo deseo que el tiempo necesario dado a los deberes de empleo y de estudio, las hermanas estén siempre listas a ayudar a las hermanas coadjutoras, a pelar las verduras, secar la vajilla, pero bien entendido en la medida de la obediencia y no fuera de ahí.

Saben todas como Sor Marie-Catherine ha trabajado mientras ella lo ha podido hacerlo y hasta en su última enfermedad. Era algo conmovedor cuando, no podía moverse ni entregarse a todos a toda hora del día y de la noche, la encontraba con frecuencia pelando las verduras que ella se hacía subir de la cocina para ayudar todavía a las hermanas en lo que podía. A la sombra de esas virtudes bajas y humildes que tanto amo han germinado y se han desarrollado esas grandes virtudes que han brillado en ella en sus últimos momentos, esa fuerza, esa paz, ese abandono! Aprovechemos esos grandes ejemplos que nos ha dejado, imitémosla en su caridad, su humildad y nos compartamos su eterna recompensa en cielo.

αααααααααα

---

<sup>1</sup> 1 Cor 13,5

## A LAS HERMANAS ENFERMAS SOBRE LAS VIRTUDES A PRACTICAR

---

Nice, 1870, sin fecha precisa

Hermanas,

Estoy feliz de encontrarlas reunidas hoy para hablar un poco juntas de las virtudes que pueden practicar en este lugar de soledad y de descanso donde están en estos momentos. Una de las cosas que reprochan con frecuencia a las comunidades consagradas a las obras exteriores, es que en la multitud de los empleos el alma descuida la preocupación de unirse a Dios y tiene menos tiempo para recogerse. Aquí, hermanas, donde no tienen nada que hacer con el prójimo, deberíais aprovechar el descanso que les es dado y de la ausencia de toda obra exterior para tenerse más cerca de Nuestro Señor y avanzar en su amor. Y primeramente, únen a Él aceptando todo de su mano, este descanso forzado que es algunas veces duro y la enfermedad que es una gracia de la que hay agradecer mucho a Dios.

No sé si les he dado cuenta de que casi todas las santas canonizadas han estado durante sus vidas afligidas, con largas y crueles enfermedades. Tomen santa Clara que ha estado tan tanto tiempo clavada en su cama, santa Teresa que estuvo también obligada a tantos cuidados a causa de su salud. Lo que hay de extraordinario, es en el tiempo donde ellas estaban enfermas y forzadas a los cuidados más absorbentes que Nuestro Señor les ha favorecido con gracias muy particulares. Es en un viaje que Teresa hacía por a causa salud cuando concibió la idea de establecer la oración mental en los monasterios, lo que antes no era un punto de la regla en los conventos. No les hablaré de santa Lidwine que estuvo treinta y tres años enferma, santa Chantal que ha sufrido tanto durante su vida, santa Catherine de Siena. En fin, no terminaría si quisiera nombrales todas las grandes santas que Dios tuvo el agrado de santificar en la enfermedad. Hay pues, hermanas, aceptarla como una gracia de elección y sufrir también la inacción a la que las obliga.

Ya ven, hijas mías, hay personas que creen no valer más que por lo que ellas hacen, ellas no tienen razón y si quieren una prueba, confronten la vida de la Santísima Virgen que es la más perfecta de las criaturas. Díganme donde están las obras resplandecientes, las fundaciones, los trabajos importantes de la Santísima Virgen. Vivía tranquilamente en el templo, compartiendo sus días entre la oración y un humilde trabajo de sus manos. No leía, yo pienso, que el Antiguo Testamento, pues en ese tiempo, los libros eran raros; aprendía a hilar y a bordar para el servicio del templo. ¡Nada más sencillo en apariencia! ¿No era una vida bien ordinaria? Y sin embargo, sus más pequeños actos partían de la cima más alta de la perfección.

Para ustedes, hermanas, hay que saber contentaros a ejemplo suyo, con acciones humildes y ordinarias. Quisiera que la divisa de la Asunción (Sólo Dios) se convierta muy particularmente la de vosotros aquí. No sé porque hemos tomado esta divisa,<sup>1</sup> pero Dios tiene sus designios en todas las cosas y nosotras ponemos siempre: D.S. en el encabezado de nuestras cartas. Es que en efecto el misterio de la Asunción es por excelencia el de Dios sólo. Es hacia Dios solo que la Santísima Virgen se eleva en este misterio y es por el poder de Dios solo que ella es elevada al cielo.

Quisiera que de esta pequeña casa donde ustedes no tienen más que servir a Nuestro Señor y a amarlo, sus almas se apliquen a ser muy particularmente hijas de Dios sólo, y eso será una gran consuelo para mí. Unanse a Dios sólo y sepan "no hacer nada", queridas hijas, para expiar este amor desenfrenado de actividad por la que Dios está tan ofendido de nuestros días. Cuando digo: "no hacer nada", entiendo, comprendan bien, no salir del círculo que la obediencia ha trazado a causa de su debilidad, pues es cierto que deben siempre trabajar en santificarse y unirse a Dios por la practica continua de las virtudes.

La primera debe ser para ustedes la caridad que es la más excelente de todas. Santa Juana de Chantal queriendo describir a san Francisco de Sales decía que Dios había puesto en el alma de bienaventurado Padre una perfecta caridad alrededor de la cual se encontraban organizadas, en un orden perfecto, todas las otras virtudes. Siempre he encontrado ese retrato del alma de san Francisco de Sales el mejor modelo de lo que debe ser un alma que aspira a la perfección. Es necesario pues tener la caridad en el centro del alma y que las otras virtudes se establezcan alrededor de ese centro. Saben por otra parte cuál es el primer punto de la Regla de san Agustín:

---

<sup>1</sup> En los Orígenes, Vol I, cap. I, esta escrito que el Padre Combalot, todavía seminarista, había estado tocado por esas palabras repetidas por un sacerdote en el momento de su muerte. "Cuando tuve el pensamiento de fundar una Congregación religiosa destinada a trabajar por la gloria de Dios, el no encontré de más bella divisa a darle que esas simples palabras: "Solo Dios". Es del Padre Combalot que Nuestra Madre tenía esos detalles".

"Ante todas las cosas, que Dios sea amado, luego el prójimo, pues esos mandamientos nos han sido principalmente dados".

Después la caridad colocaremos enseguida la humildad que Nuestro Señor ha tan particularmente ordenado diciendo: "Aprendan de mí", no a crear el mundo o a hacer los cielos, pero

"que yo soy manso y humilde de corazón".<sup>1</sup>

Es ahí el gran modelo que estamos llamadas a seguir y a imitar, un Dios manso y humilde de corazón. Si somos humildes, seremos dulces y la dulzura nos facilitará la humildad. Ya vean, queridas hijas, el amor propio es el gran enemigo del alma, desgraciadamente lo tenemos todas y se trata de combatirlo.

Como hijas de san Agustín, deberíamos amar muy particularmente la humildad. Hablar con mucho interés en una de sus cartas que el Padre d'Alzon me ha garantizado la autenticidad. El santo dice pues de Demóstenes a quien preguntaban un día la primera cualidad oratoria: "la acción" respondió él; y ¿la segunda? : la acción; y ¿la tercera?: la acción, y una vez más la acción". "Y yo, retoma san Agustín, si me preguntan cuál es el primer medio para llegar a la perfección, les diré: la humildad; y ¿el segundo? la humildad; y ¿el tercero? todavía y siempre la humildad." Vean, hermanas, ¡qué caso los santos hacían de esta noble virtud y Nuestro Señor nos la da como siendo la virtud de su divino Corazón, la que él ama con predilección!

La obediencia vendrá a continuación, y es de una importancia capital para nosotros religiosas, porque es el objeto de un voto. Podría decir que deriva de la humildad como de su fuente, pues un alma humilde es fácilmente obediente.

No terminaría, si quisiera hablarles de todas las virtudes de un alma verdaderamente religiosa. Pero no terminaré sin decirles algunas palabras sobre la confianza en Dios que uno está tan poco acostumbrado, en el mundo, a mirar como una virtud y que pide sin embargo esfuerzos de nuestra parte y es bastante raro en el tiempo en que estamos.

Yo resumiré la confianza en estas palabras: "Dar todo a Dios y esperar todo de él." Pidan todo a Dios, hermanas. Si tienen necesidad de un pedazo de pan, pidan un pedazo de pan; de un confesor, de un auxilio espiritual, pedido. Se lo dará en tiempo oportuno o suplirá por alguna cosa mejor para su alma; de un rayo de sol, pídanlo a Dios, él sabrá darles. Vayan a él, como un niño a su madre y no teme pedirle todo, persuadidas que Él les dará lo que necesiten, en el momento propicio. Con tal que ustedes le piden todo, tienen derecho de esperararlo todo.

Una palabra también de la presencia de Dios que podrían tan bien practicar aquí. Encuentro que ese ejercicio pide esfuerzos de nuestra parte y no es tan fácil que uno pueda suponerlo primero, pues nuestro espíritu es naturalmente distraído. Después, san Francisco de Sales mismo, que me gusta tanto citar, decía que para tener habitualmente su espíritu en presencia de Dios, estaba obligado a recogerse todos los cuartos de hora y de meterse en Dios. Tomad, hermanas, la santa costumbre de recordar con frecuencia la presencia de Dios durante el día, vuelvan hacia él su corazón y piensen que su mirada les sigue.

Tenemos también un voto del que tendría que decirle algunas palabras. He hablado de la obediencia como virtud, habría podido hablarles del voto. Después, viene el voto de pobreza, pero me diran, cómo practicar bien la pobreza, pues les da aquí, más que en otros lugares, lo que es ampliamente necesario a causa de su debilidad. Pero, queridas hijas, qué pobreza de ustedes mismas pueden tener en esta vida de cuidados y sometimientos continuos y incluso esos alivios que les concede, con qué espíritu de despojo ustedes pueden recibirlos. La castidad que constituye también uno de los votos consiste sobre todo en la pureza de intención y de los afectos.

Saben que la mortificación es un medio de aumentar y de sostener la castidad. No hay castidad sin mortificación: el lirio crece entre las espinas. Es verdad que no pueden practicar la mortificación en las cosas exteriores, pero pueden aceptar fielmente las pequeñas ocasiones que se presentan solas y que a menudo mortifican mucho. Cuando uno es débil, enferma, hay una cantidad de cosas que prueban y que cansan, de las que uno no se da cuenta en otros momentos. Esas cosas son para ustedes excelentes mortificaciones. Sufran sin lamentarse y con amor lo que se presente para probarlas. Es el frío, es el calor, la fatiga de los cuidados que molestan, ¿qué podría decir todavía?

Acostúmbranse, hermanas, a poner en práctica esta máxima de san Francisco de Sales: "Nada pedir, nada rechazar" Es la mejor mortificación que conozca. Tengan también mucha fe, queridas hijas, hay muy poca en el mundo, tened por todos que no tienen, y viviendo de fe se conviertan sobre todo en hijas de Dios sólo. No les digo nada de la esperanza que aquellos ya se he indicado hablando de la confianza en Dios, ni de la caridad de la que ya les he hablado también.

αααααααα

<sup>1</sup> Mt 11,28